



APOSTASÍA N14

Encuentro transfronterizo de
poesía, patrimonio y arte de
vanguardia en el medio rural

APOSTASÍA N14



EDICIÓN XVIII PAN

PARTICIPAN

Jorge Arroita
Rafael Ávila Domínguez
Alejandro Fdez. Bruña
Juan G. Benot
Carla Nyman
Jesús Miguel Pacheco Pérez
Olalla Sánchez Mateos

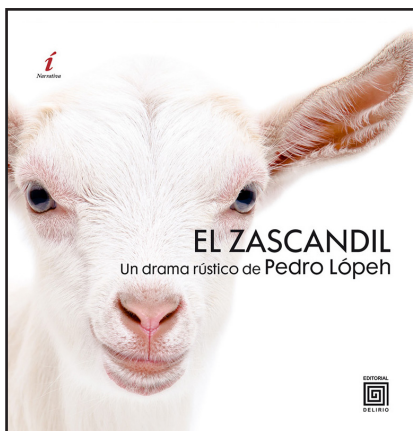
ISSN: 2659 - 7756

ÍNDICE

	página
ALEJANDRO FERNÁNDEZ BRUÑA.	
- Desgaste, desconfianza y desnaturalización.	
Unos acordes de «El zascandil» de Pedro López	9
JUAN G. BENOT	
- Visita a W.W.	13
JESÚS MIGUEL PACHECO PÉREZ	
- La España rural en «Un amor», de Sara Mesa	15
OLALLA SÁNCHEZ MATEOS	
- Nota a la nota a la nota. Algunas notas	
en los márgenes de «Los diques» de Irene Solá	21
· <i>Septiembre digital</i>	24
JORGE ARROITA	
- Ruralismo frente al capitalismo financiero-feudal	25
- Triste y esperanzado canto a lo que perdimos...	30
CARLA NYMAN	
- por qué camino...	32
- me consentí los enamoramientos...	33
RAFAEL ÁVILA DOMÍNGUEZ	
- La muerte aplaza sus gestiones últimas	34

Tierra amarilla y cielo azul
son tus líneas geometría,
-cuadro de Klee, campos sembrados,
origen de la abstracción- límites [...]
Solo en Castilla se rozan los cielos.

Autobús de Fermoselle, Maribel Andrés Llamero



EL ZASCANDIL

Un drama rústico de Pedro López



DESGASTE, DESCONFIANZA Y DESIGNIFICACIÓN. UNOS ACORDES DE «EL ZASCANDIL» DE P. LÓPEH

Alejandro Fernández Bruña

El zascandil (Delirio, 2021) es «un drama rústico de Pedro Lópeh». Este subtítulo esconde una de las claves de la novela, que es la influencia de nuestro contexto en nuestras posibilidades económicas, pues la falta de medios desemboca en unas combinaciones futuras reducidas. Desde el mismo inicio el autor hace una clasificación (toda diferenciación lo es) entre la monotonía de un presente que parece más lejano que el pasado, y el propio pasado como algo corpóreo y vivo instalado en el presente. «Ahora no sé, porque el mundo está revuelto, pero antes todos los quiosqueros de pueblo eran personajes estrambóticos sin excepción». Vemos un cambio adverbial brusco que denota un pequeño matiz: al autor no le interesa la búsqueda de la Arcadia (pues no hay una idealización de las penurias de la aldea) sino la reconstrucción de una civilización y unas costumbres olvidadas desde una periferia a la que han vaciado de significado. Por ello apuesta por un discurso marginal, porque es el único posible cuando se trata de representar una realidad silenciada, el único modo de darle voz más allá de su propio horizonte. Porque «siempre los mismos. Siempre». Aunque el autor no necesita la validación del canon, pues toca de espaldas a él como Miles Davis lo hacía con el público, pero con un acordeón en lugar de una trompeta.

El autor refleja la tradición oral de La Siberia Extremeña, representando los sonidos de un dialecto que ha sido desprestigiado como consecuencia de la centralización económica y cultural cuyo

único foco es Madrid. De este modo, dota de una representación gráfica a elementos ausentes en la norma escrita, lo que refleja esa preocupación del autor por crear nuevos modos de representación para una oralidad silenciada. Dado el aparente prestigio de la escritura y su promesa de durabilidad a lo largo del tiempo (*verba volant, scripta manent*), el autor decide entrar en conflicto con el léxico y la gramática castellanas al mantener esa variante en la escritura, conflicto que también podemos ver en *Feria* de Ana Iris Simón o en *Panza de burro* de Andrea Abreu, novelas que se plantan ante una lengua oficial que no sienten como propia en beneficio de un dialecto en desuso en contextos oficiales pero en boga en situaciones íntimas. Conviene recordar el artículo de Lola Pons publicado en Verne titulado *Todos hablamos un dialecto y no una lengua* a fin de recalcar que «un dialecto (no) es (más que) la forma que tenemos de hablar una lengua», es decir, la materialización de esa lengua abstracta en unos sonidos concretos.

Es por este motivo (porque «siempre los mismos. Siempre») por el que Pedro López intenta adaptar las posibilidades combinatorias del lenguaje a sus realidades más cercanas. Y es que el lenguaje debería ser una forma sin forma, una estructura sin estructura, una casa sin puerta. Esta preocupación por la intraducibilidad de lo oral está patente en la elección gráfica de su apellido, siendo éste López y no López, lo que supone un manifiesto en favor del dialecto extremeño. «Me da mucha pena y mucha rabia no ser capaz de trasladar la música hablada de toda esta historia». Se abre así una brecha entre la realidad y el deseo de representar esa realidad, creando una disonancia lingüística sin reconciliación posible: «Les reconozco que tengo un problema con la lengua española. O quizás sea el español el que tiene un problema con nosotros, ahora que lo pienso». Aquí vemos una de las consecuencias de la centralización cultural y social: el nacimiento del canon y su correspondiente periferia desprestigiada. Nada hay fuera de la norma, pues lo que carece de representación se convierte en una forma más del olvido.

Así, hay en la novela una reivindicación de lo que han denominado *pueblish*, que no son más que los usos y costumbres de los lugares adonde no va la televisión. Como siempre, la hiperrealidad

acaba por convertirse en el pequeño mundo conocido de cada espectador, consumidores de los mismos lugares comunes y tópicos. La memoria, en esta vorágine de cambios, es la única constante para el autor, el único instrumento activo que todos poseemos (además del acordeón) y con el que podemos arraigarnos a algo más grande que nosotros. En palabras de Lópeh: «Los extremeños imitamos a los pastores de *Los santos inocentes*. Todo mamón chupa de un olivo». Es necesario jugar con la literatura para no tomarnos tan en serio: podríamos acabar creyendo en lo que decimos, y no hay mayor peligro. Leer aparece en la novela como un acto igual de noble que cocinar unas migas, por ello el autor intercala a lo largo de la narración ciertas recetas personales, pues ambas tienen el mismo origen ritual y la misma finalidad hedonista.

Además de las recetas y de algunas coplas también encontramos los repertorios de orquestas de distintos años (1965, 1980, 1995 y 2010), lo que supone un gran testimonio documental para observar la evolución musical en los pueblos y cómo van filtrando éstos los distintos géneros musicales. Así, mientras que en 1965 se tocaron once pasodobles, en 2010 solo se tocaron dos: la caída del pasodoble coincide con el auge del reguetón, que aparece aquí por primera vez. En la primera de las listas (la de 1965) vemos un gusto musical muy nacional, pues nos encontramos ante un repertorio que cuenta con personalidades como Antonio Molina, Lola Flores, Manolo Escobar o Marisol. A principios de los ochenta vemos que aparecen ya Los Chichos y los Chunguitos pero también Los Beatles, mostrando así el *delay* de la llegada de la música exterior en contraste con la interior. Esta evolución culmina en 2010, donde la rumba queda relegada a un mero *popurrí de rumbas* para dar paso al *mix de reguetón*, a Estopa, a Ska-P y al Mago de Oz.

En otro orden de cosas, el autor dice que somos «víctimas de este sibilino determinismo físico aunque hayamos leído a Bakunin». El conocimiento de la estructura que nos sustenta no supone la superación de dicho sistema, sino una agradable convivencia entre la parte y el todo, entre el contrato y el firmante. Ser consciente de las diversas fuerzas que ejercen sobre nosotros no nos libera de esas tensiones, pero sí nos permite reconducirlas para evitar la

inercia del que se deja ir. A lo largo de la narración vemos la llegada de distintas realidades de origen urbano a La Siberia Extremeña, nuevos determinismos ante los que desnaturalizarnos: el progreso, la posmodernidad, el feminismo y el racionalismo.

Todo es enfocado desde una perspectiva irónica, como vemos cuando dice que el progreso llegó con «la primera rotonda inútil», pues la construcción y mantenimiento de las rotondas generó puestos de empleo que repercutieron positivamente en la zona. La normalización del absurdo acaba por absorber toda la realidad que le toca. «El progreso es la hostia», reza el autor con los dedos cruzados. Por otro lado, la posmodernidad también llegó a los pueblos, pero sabemos que nada más asentarse ya está recogiendo sus cosas. El verbo es irse yendo, lo dijo Maribel Andrés Llamero y lo ha recalcado Leonor Courtouise recientemente. Posmodernidad, por lo tanto, como mera confusión, como una contradicción en la cual se encuentran activos los dos elementos opuestos a pesar de una negación que no resulta excluyente. Dice el autor al respecto que «la posmodernidad llegó a esta tierra, como a muchas otras similares, cuando se construyeron los primeros resaltos para evitar que la gente corriera más de la cuenta con el coche». Un elemento contradictorio relacionado con la velocidad de un cuerpo que cae empujado por diversas fuerzas sobre una inclinación negativa que ha sido diseñada por el mismo que el que años más tarde pondría el badén.

«Los del Círculo de Lectores, los Testigos de Jehová y el 15M también llegaron a esta tierra, pero se fueron sin prosélitos a buscar otra. Gastar, creer y significarse. ¿Qué se habrán pensado?». En contra de lo que el autor señala como elementos extraños e invasores, tenemos aquí una concepción literaria y vital basada en el desgaste, la desconfianza y la designificación, elementos totalmente relacionados con la máxima de que son «siempre los mismos. Siempre». La minoría ruidosa contra una mayoría muteada a la que han aislado del resto de realidades, obligándoles (más allá del determinismo físico) a construirse un relato propio del cual puedan reconocer su caligrafía y musicalidad.

VISITA A W.W.

Juan G. Benot

He vuelto a la tumba tras la iglesia de St Oswald
y he cruzado rápido el paseo de los narcisos.
Tu mirada perdona a los que se pierden,
¿pero qué hacemos los conocedores del camino,
[los cartógrafos,
los que no podemos detener el paso y,
solitarios como una nube, asombrarnos?

He vuelto
a la tumba a preguntarte y tu serena piedra
se revuelve como nunca: será para nosotros
el lirio marchito, el clavel que se deslucе,
la solemne abulia, el espliego seco, el apartamento
entre murallas de acero.
Cerraré la cancela de hierro sin ruido y tomaré
[tu único regalo:
vuelvo a la ciudad con tu silencio tras la iglesia.

Tú guardas todos los secretos muerto entre narcisos
para un pastor más ágil,
para un peregrino más sereno.

SARA MESA

Un amor




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

LA ESPAÑA RURAL EN «UN AMOR», DE SARA MESA

Jesús Miguel Pacheco Pérez

«Veréis llanuras bélicas y páramos de asceta / —no fue por estos campos el bíblico jardín— / son tierras para el águila, un trozo de planeta / por donde cruza errante la sombra de Caín» escribió Antonio Machado en su poema «Por tierras de España» hace más de 100 años en *Campos de Castilla*, y pareciera como si la España castellana de 1912 se mantuviese en un lugar sin tiempo relegada a lo marginal, a la despoblación y esa intimidad silenciosa que proclamaba el poeta sevillano.

Es indudable que los espacios rurales siempre han estado detrás de los urbanos en el ámbito socioeconómico. Las ciudades, equipadas con centros comerciales, universidades, numerosos colegios, centros de salud, supermercados, etc., además de zonas de ocio, urbanizaciones y transporte público, reciben constantemente la inversión de los gobiernos, mientras que estos mismos animan a los ciudadanos a trasladarse a los pueblos y se preguntan por qué nadie les hace caso. Al final, pocos son los motivos que animan a alguien a escoger el ámbito rural para vivir. Uno de ellos podría ser la romantizada idea de Fray Luis de León: *aurea mediocritas* y *locus amoenus* a medida, una vida descalza, sin preocupaciones, con un pequeño huerto, austeridad y silencio, naturaleza. Estos tópicos frailuisianos, cultivados antes por Columela, que en *Un amor* (2020) de Sara Mesa se expresan por medio de la voz del narrador: «a todos parece atraerles la idea del retiro campestre, que revisten de un sentido romántico» (Mesa, 2020:54), donde la omnisciencia

refleja la realidad de lo que ve. La visión que se tiene en muchas ocasiones es esta: un lugar idílico en que las ninfas del río cantan y las aves exóticas responden con salmos pletóricos de belleza.

Asimismo, lo rural se comporta como un universo alejado de la urbe, una tierra desconocida a la que las tecnologías aún no han llegado. En *Cien años de soledad* ya veíamos con Macondo y la idea de *novela total*¹, un solo cronotopo, el inicio y el fin de una estirpe y los personajes universales dentro de una realidad. No tan alejados de esa realidad hispanoamericana del realismo mágico, en *Un amor* encontramos también referencias a esta idea implícita en la novela de Gabriel García Márquez. Concretamente, con la pareja de hermanos y las pintadas de la casa abandonada, donde se puede leer «CASTIGO DE DIOS» y «VERGÜENZA», referencias a lo que podrían ser mitemas de la crítica social y el apocalipsis. Muy poquito después de encontrar estas pintadas en la fachada de la casa, se nos cuenta la historia de quienes la habitaron de la misma manera en que se cuenta una leyenda.

«Píter cuenta que tiempo atrás vivió allí una pareja, hermano y hermana, que según los rumores mantenían una relación incestuosa. Llegaron a La Escapa huyendo de otro pueblo [...], sortean-do como podían los insultos e incluso los ataques [...]. Los mismos que los repudiaban asqueados [...] destruyeron el el resto con saña en una gran hoguera. Después hicieron las pintadas.

Pero todo eso sucedió hace ya tiempo, se apresura Píter a aclarar, es una especie de leyenda negra» (2020:50-51).

En este fragmento de la primera parte de la novela —que es la parte más descriptiva del ambiente rural que rodea a la protagonista, Nat— tenemos la tradición hispanoamericana de la novela total y los mitemas que aproximan el ambiente rural a un universo autónomo. Esa casa, que podría convertirse en una suerte de

¹ VARGAS LLOSA, M. (1971) *García Márquez: Historia de un deicidio*, Barral Editores, Barcelona.

metáfora de la pedanía de La Escapa en sí, vincula con ciertos elementos rurales de Hispanoamérica el ambiente pueblerino de la España representada en la obra. Lo rural está alejado por completo de la civilización, el tiempo pasa diferente. En ocasiones, llega un forastero y este se adentra en este espacio sin tiempo y en este tiempo sin espacio: los páramos de asceta de Antonio Machado.

Muy vinculados, además, a esta tradición hispanoamericana hay otros dos temas: la tierra y la barbarie. Comenzando por este último tema, la barbarie, podemos referirnos al binomio o dicotomía *civilización/barbarie*, estudiado por numerosos críticos de la literatura en obras como el *Facundo*, de Domingo Faustino Sarmiento, donde se mostraba una Europa que era imagen de la civilización y un continente americano que representaba la barbarie con una lucha entre estos dos mundos². Así, en *Un amor* vemos cómo el pueblo de La Escapa supone a los ojos de Nat, la protagonista, una expresión de la barbarie, de lo salvaje e incivilizado que, en pequeñas sorpresas y ocasiones, cambia levemente de opinión. En la misma página (y casi mismo párrafo) nos encontramos con esta frase a colación de las pintadas y la destrucción del hogar de los hermanos: «Ella no debería quedarse con una mala imagen de La Escapa, las cosas han cambiado mucho desde entonces, la gente cada vez es más tolerante, más civilizada» (2020:51). Del mismo modo en que vemos este paso progresivo a la civilización, al adentramiento de la ciudad dentro de los comportamientos rurales, páginas antes nos encontramos con una conversación entre Nat y el veterinario de Petacas, una localidad cercana, mayor que La Escapa (esta es pedanía de la primera) y que supone un estadio intermedio entre lo rural y lo urbano, donde el veterinario señala: «en el campo son brutos, tozudos y muchas veces crueles hasta el salvajismo» (2020:31). Esta descripción dada por un personaje y no por el narrador, lo que supone una visión intradiegética de los hechos, muestra la percepción que existe hacia lo rural como algo alejado de la civilización, una visión que solo tienen el veterinario, Nat y

2 MEJÍA, E. (2000) «Civilización y Barbarie en “Facundo” de Domingo Faustino Sarmiento», *Revista Historia y Espacio*, nº 16, pp. 109-118, Universidad del Valle, Colombia, pág. 112. <<<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7388052>>>

en ocasiones Píter, en una busca de empatía con Nat. Entonces, la protagonista se ve rechazada, se encuentra ante un pueblo hostil, que la ataca y la repudia porque no forma parte de la comunidad. Conoce la civilización y la ha traído a la barbarie. Ella pretende la civilización y a cada deseo la barbarie, representada primero por el casero con el grifo y luego con Andreas y las goteras, aunque la rechaza en su sociedad ya conformada. Lo rural se muestra como un ambiente que rechaza, en ocasiones, intentos de civilización, de progreso, pero que del mismo modo ofrece ayuda a Nat, con el caso de Píter, que gran parte de sus apariciones en la novela son con la pretensión de integrar a Nat dentro del pueblo.

De este modo, el comportamiento de los habitantes de La Escapa sería una deformación hiperbólica de la visión real que se suele tener sobre los espacios rurales. La expectativa crea la realidad. La idealización de la vida de pueblo se rompe: no hay belleza, la vida se diluye en la supervivencia, prima la necesidad individual. Los pueblos —tanto La Escapa, que realmente es una pedanía, como una gran parte de los pueblos reales— sufren de las pocas oportunidades y del desprecio por *los de arriba*, aquellos que gobiernan. Esto entronca con el otro tema que me faltaba por comentar: la tierra.

También en el primer capítulo de la novela nos encontramos con una pequeña descripción del ayuntamiento y las calles del pueblo:

«El trazado de las calles es caótico y su señalización tan contradictoria que, una vez que se entra en el pueblo, es fácil salirse otra vez en cualquier desvío inesperado. Las casas son modestas, con fachadas muy deterioradas y sin apenas ornamentos [...], el ayuntamiento —un edificio ostentoso, con grandes aleros y vidrieras— está rodeado de tabernas y bazares chinos» (2020:21-22).

Esta descripción de las calles del pueblo podría ser bien la de cualquier pueblo de España, igual que la descripción del ayuntamiento contrasta mucho con el resto de las casas. Mientras que la

gente vive con casas modestas de fachadas deterioradas, los políticos tienen un edificio ostentoso y adornado. Los habitantes, pues, viven descuidados y maltratados por el poder político, son los últimos de la fila, ya que hasta el ayuntamiento de una pedanía puede lograr alguna ostentación de adornos, pero las casas y las calles sufren la omisión de quienes tienen el poder.

Así son muchos de los pueblos de España y así se nos muestra La Escapa, que desde su propio nombre sugiere la idea de *escapar*; La Escapa aparece como un lugar inhabitable por lo que los gobernantes han hecho con la tierra. Muy similar a la Comala de *Pedro Páramo*, donde Juan Rulfo escribe sobre la tierra abandonada y la soledad abrasadora que roba el oxígeno, La Escapa propone la idea de lo rural que quiere escapar de sí mismo por las negligencias de una tierra que no han protegido los gobernantes. Una pequeña excusa que toma la autora para mostrar este descuido de la tierra y, quizás, aproximar hacia los ambientes de *Pedro Páramo* o los lugares infértiles, es la del huerto. Al comienzo, Nat pretende crear un huerto, una idea que tras unas conversaciones con Píter se descarta. En todo este proceso de tomar la idea y descartarla se muestran visiones de la tierra como un lugar en que «las jaras, pegajosas y humildes, son las únicas flores que salpican la tierra» (2020:19) y más adelante nos encontramos con esta afirmación: «la tierra está completamente estéril» (2020:23). Este terreno inservible para el cultivo anula una de las grandes y vitales funciones de muchos espacios rurales, la agricultura.

En conclusión, La Escapa de *Un amor* representa en muchos aspectos el tratamiento que padecen los pueblos de España por quienes gobiernan: descuidos constantes y reducción a la inutilidad, la carga, casi esperando resucitar aquello que pisa. La imagen de los pueblos no ha cambiado, el progreso se ha focalizado en las ciudades, las tierras que podrían ser incentivos para la agricultura son estériles, el turismo se ve maltratado por la dificultad de sus calles y del transporte, la gente se marcha porque sus casas caen con fachadas deterioradas. Esto es La Escapa, pero podría ser muchos pueblos de España, pequeños espacios rurales en los que aún pasea errante la sombra de Caín.

IRENE SOLÀ

Los diques




ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

NOTA A LA NOTA A LA NOTA. ALGUNAS NOTAS EN LOS MÁRGENES DE *LOS DIQUES* DE IRENE SOLÁ

Olalla Sánchez Mateos

Nota: El dios Pan es uno de los dioses muertos, representante de pastores y rebaños. Renace representante de naturaleza salvaje y se asocia con el temor y la tormenta, etimológicamente con el pánico a lo natural a lo que nos es ajeno. Pero, aun así:

“Piensa que únicamente eres capaz de experimentar el más intenso de los pánicos cuando te sientes completamente feliz y estas absolutamente entregado a alguien” (Irene Solá)

En *Los diques* Irene Solá habla sobre el regreso a lo rural. Es en este espacio de reencuentro donde Ada, la protagonista, cuenta su vuelta al pueblo después de una estancia de tres años en Londres. A medida que transcurre el verano, avanza el relato dividiéndose así éste en junio, julio, agosto y septiembre. Estos meses son concebidos como único espacio posible para el desarrollo de las historias, ya que en la vuelta al otoño solo quedará el recuerdo. El apartado de septiembre no contiene texto; septiembre son recuerdos capturados en color y plasmados en fotos en blanco y negro de lo que fue y ya no es. Aun consciente de la edición en blanco y negro, Solá incluye, entre otras, las fotos «esto es el color azul» y «esto es el color rojo» colores primarios necesarios para matizar y

concretar precisamente el sentimiento de procedencia y origen. De modo paralelo a la desaparición de los colores, se incluye también la foto de un caballo blanco que a medida que acaba el día solo puede verse por las luces de un coche que se va y se aleja, como el propio verano.

La novela avanza desde la visión particular de la protagonista, hacia narraciones polifónicas que constituyen una historia que muestra la cotidianidad de los pueblos: la tradicional y nueva visión del ruralismo. Lo popular y lo urbano se entremezclan de forma continua, y la visión globalizada de la ciudad se concreta en un discurso individualizado desde el «yo» que anula el resto de perspectivas. De forma opuesta, en el espacio de lo rural encontramos una polifonía de voces insertadas en los márgenes, en el descanso, en los meses de verano que irrumpen la rutina del año.

Partiendo de la marginalidad intrínseca que alberga la periferia rural, la ficción literaria también se inserta en dicho margen. No se trata de una novela realista, ya que lo ficticio se inserta en la dimensión de la desmemoria. Lo que no se puede recordar por el paso del tiempo se imagina, de forma cuidada es dibujado y retratado con cariño, creando una ficción que se inspira en todo lo bueno que le ha dado el pueblo. Así, el primer paratexto es una nota de Dave Eggers suscrita por la autora que dice: «Esta es una obra de ficción, por el único motivo de que, en muchos casos, el autor no pudo recordar las palabras exactas pronunciadas por algunos, ni las descripciones exactas de algunas cosas, así que tuvo que rellenar los huecos lo mejor que pudo...».

Un juglar actúa como fuerza centrípeta que reúne la historia de una comunidad, la amasa y embellece; simultáneamente actúa como fuerza centrífuga alejando de su eje la historia y devolviéndola a sus dueños. El intersticio donde se inserta la ficción se encuentra en ese «rellenar huecos», es por ello que se puede señalar a una Irene Solá que encarna a la narradora ajugarada, la cual recoge y aglutina un testimonio que, tras enriquecer y dignificar, devuelve al pueblo. Los elementos ficcionales se construyen de tal forma que son únicamente reconocibles para el contexto próximo, para la minoría, para los que se encuentran en el ya mencionado margen.

El elemento natural de la lluvia constituye un nexo entre el sujeto y el espacio, siendo una constante que atraviesa atmosferas físicas, pero también vitales y sentimentales. A la vez, dentro de los emplazamientos radicalmente rurales se inserta la ciudad, como vemos en la siguiente descripción: «Entonces los árboles os abrieron un claro, y era tan acogedor y redondo, y la luna brillaba sobre él con tanta dedicación, y era tan acertado el lugar, tan bien elegido, tan bien puesto, que se debería haber fundado una ciudad allí». Fundar la ciudad donde creemos sentir libertad, la apropiación de lo rural acomodado a lo nuevo, porque la generación de lo *neopopular*, la que vive el pueblo de junio a agosto y lo recuerda de septiembre a mayo no puede dejar de insertar continuamente el deseo de llanura desde la altura del rascacielos.

SEPTIEMBRE DIGITAL

Olalla Sánchez Mateos

He vuelto a ver
el rojo negro,
el azul negro.
Pensamientos diagonales cruzados en la nada
miradas paralelas muriendo en el vacío,
da miedo mirar lo profundo del mar, otra vez,
terrorífico y reconfortante,
la claridad puede venir del cielo.
Un dios minúsculo azul y poligonal
creado entre edificios.
Vuelvo a casa porque no hay formas,
en casa solo hay flores,
la claridad es infinita en el campo,
y el infinito no puede ser abarcado por la geometría.
El cielo se vuelve categóricamente celestial,
a fin de cuentas:
uno más uno solo puede sumar uno,
ya no veo no puedo no quiero
el azul eterno
Delimito mis días en la ciudad.

RURALISMO FRENTE AL CAPITALISMO FINANCIERO-FEUDAL

Jorge Arroita

El estudioso analítico en etnografía y geopolítica de *Ultra Argentina* y *Mega: visión mundial* (canales de YouTube donde trata este tipo de temas, respectivamente) ofrece un interesante término en este último canal, dentro de su vídeo «Hacia el capital-feudalismo». Esta es la noción de «capital-feudalismo» o de «capitalismo financiero-feudal», que casi mejor podríamos llamar «neoliberalismo rentista», para ser más exactos. Este vocablo («capitalismo financiero-feudal») hace referencia a la nueva tendencia, especialmente en los fondos de inversión, de comprar gran cantidad de viviendas a un precio mayor del normalmente estipulado para poder rentarlas a las familias y particulares, generando así un oligopolio inmobiliario de carácter rentista. Esto implica la imposibilidad de los particulares para comprar viviendas bajo su propiedad en diversas zonas urbanas, pudiendo únicamente alquilar esos apartamentos a los susodichos fondos de inversión (los llamados *fondos buitre*). Este es un aspecto que llevamos ya tiempo viendo en España³, especialmente con el fondo BlackStone⁴, compañía desde la que luego se escindió otro grupo, BlackRock⁵, que desde hace un tiempo ha empezado a hacer lo mismo en barrios residenciales de Estados Unidos. De hecho, BlackStone controla ya unas 30.000 viviendas en España (datos de 2019, hoy en día serán seguramente

3 Vanguardia, por desgracia, en este tipo de aspectos, y no tanto en otros.

4 Fundada por dos ejecutivos de Lehman Brothers.

5 Principal inversor del IBEX 35 y mayor accionista de los bancos Santander, BBVA y Sabadell.

más), y BlackRock lleva desde 2020 en un ascenso terrible en la compra de propiedades urbanas estadounidenses, pagándolas desde un 20% a un 50% superior a los precios normativos y llegando al control casi de barrios enteros.

Este analista señala la nueva implantación (que no la vuelta) de un sistema inmobiliario cercano a ciertos conceptos feudalistas, que en este caso podríamos más bien llamar *rentistas*. Este nuevo sistema en alza y sostenido en el aspecto económico, apunta a un control sobre las propiedades de esos *nuevos lores*, aunque un control no tan ominoso y absoluto como el feudal, pero también eximido de las obligaciones con las que cargaban los señores feudales del antiguo régimen. Esta tendencia hacia la imposibilidad de tener viviendas plenamente en propiedad para aquellos que verdaderamente las ocupan es sumamente grave, por mucho que estas sean propiedad aparentemente legítima de empresas como BlackRock o BlackStone. ¿Propiedad legítima? Esa es la pregunta. Por un lado, algunos podrían considerar que sí, al haberlas pagado y poseerlas legalmente, pero por otro lado existen leyes de mercado contra la competencia abusiva, y esto es precisamente lo que están realizando este tipo de fondos. Tal situación de rentismo urbanístico conlleva un aumento en las dificultades para poseer una vivienda propia, que en un futuro puede llegar a ser más realidad plena que tendencia o estadística porcentual. Más grave es, aun, contando con que la propiedad particular de una vivienda digna debería ser un derecho, tal y como marca la constitución española⁶. Una medida que podría contrarrestar esta tendencia sería una apuesta ruralista, que o es integral o nunca podrá ser (abarcando tanto vivienda como demografía e infraestructuras). Veamos esto.

A diferencia de los *länder* alemanes, donde los complejos periféricos suelen tener mayor demografía e infraestructura, en España no contamos con una correcta red infraestructural para el mundo rural, uno de los grandes problemas políticos hoy en día, que degenera en lo que comúnmente se ha llamado la «España Vacía». Es clara consecuencia que la falta de infraestructuras y de recursos en

6 Como dicta el Artículo 47. Aunque no lo haga definiendo la propiedad estricta, sí que señala la primacía del interés general frente a la especulación.

el medio rural conlleve una diáspora de la población joven (e incluso de la adulta), por no hablar ya de las posibilidades migratorias desde las ciudades al campo. El problema puede palparse en esa misma denominación, «el campo», pues aunque el mantenimiento del sector agreste es necesario, que el medio rural solo sea considerado por medio de él refleja sutilmente las carencias del propio medio. En el mundo globalizado y en red del siglo XXI, la falta de sistemas modernos de industria y producción, internet extendido y eficaz, instituciones fuertes y activas, buenos sistemas de salud o profesionales de los ámbitos necesarios, provocan que las ciudades (más evolucionadas y llenas de recursos y posibilidades) sean un destino más atractivo para la población. Solucionar este problema es uno de los grandes desafíos españoles de cara a las próximas décadas, y no parece que se esté haciendo mucho ni que haya una correcta predisposición a hacerlo en un futuro próximo.

No obstante, precisamente este cambio estructural en el esqueleto español podría ser la herramienta necesaria para solucionar el creciente problema del rentismo inmobiliario por parte del oligopolio financiero. Dicho estadio, ya medianamente perfilado, encajaría dentro de uno de los cuatro futuros de Peter Frase en su libro *Cuatro futuros: la vida después del capitalismo* (2016). Concretamente, esta tendencia sería una de las líneas encaminadas al futuro del «rentismo», que ocuparía el cuadrante superior-derecho, determinado por los ejes de la «abundancia» (superior) y la «jerarquía» (derecho). Este posible futuro de Frase se inscribe dentro de una sociedad marcada por una prosperidad automatizada y delimitada por los grandes poderes económicos, en la que se aumentan las desigualdades y las diferencias de clase por medio del control oligopólico de los recursos (la vivienda, en este caso concreto), dejando al resto bajo perennes políticas de austeridad. El rentismo sería regla y ley, según los particulares puedan permitirse el acceso a los recursos controlados por la clase social oligopólica y los estados proclives a esta; o, en su defecto, generando una problemática social y estatal de correlación de fuerzas entre los estados y los grandes poderes financieros. Dentro de esta diatriba, pasemos a ver las posibilidades específicas de una ruralidad infraestructural

para enfrentar, cívica y estatalmente, esta tendencia hacia el rentismo inmobiliario que ya hoy podemos observar.

La acumulación de propiedades por estos fondos buitres se encuentra principalmente concentrada en barrios residenciales de las grandes ciudades, donde acumulan viviendas para controlar los espacios inmobiliarios tensionados por la ley de oferta y demanda en distritos hiperpoblados (con un gran atractivo en cuanto a la migración, por tanto). Este contexto condicionante es lo que les permite acumular tales activos y emplearlos a modo de competencia desleal con el resto de particulares e inmobiliarias que juegan en este mismo mercado. En resumen, es el contexto del urbanismo hiperpoblacional, con destinos migratorios de lugares con menos oportunidades y menos infraestructuras, lo que deja el caldo de cultivo perfecto para la aplicación de estas políticas abusivas por parte de compañías como BlackRock y BlackStone. Una manera cívico-estatal (aparte de las propias regulatorias del estado) de combatir estos conjuntos empresariales y su acumulativismo inmobiliario urbano puede ser, precisamente, la descentralización demográfica, la cual tiene que pasar necesariamente por un proceso institucional de refuerzo en las comunicaciones entre periferias y núcleos poblacionales (comunicación institucional, digital, carreteras y transporte público...), y de refuerzo o creación de infraestructuras modernas fuera de los epicentros urbanos. Esto pasa por la consolidación de las ciudades pequeñas como núcleos poblacionales con una mayor relevancia, y por la conversión de las periferias rurales en lugares con recursos modernos, buenas comunicaciones y una mayor calidad de vida, para así retener a sus habitantes y atraer núcleos poblacionales interesados en lo que puedan ofrecer, aspecto que en el siglo XXI debe estar sostenido por buenas infraestructuras, industria y acceso a recursos.

Todo lo dicho suena utópico y es un proceso que, sinceramente, nunca se verá verdaderamente realizado, pero cabe apuntar la brújula a donde se debiera, a pesar de ello, pues de eso mismo va la utopía, y no de alcanzar una meta concreta. Siempre se pueden hacer avances, aunque es probable que las expectativas más conservadoras lleven aun así décadas de pequeños avances sin un interés

excesivo en tales transformaciones. Estamos en medio de un cambio de modelo muy interesante, con el viraje hacia un neokeynesianismo socio-nacional⁷ que plantea revertir los lados más extremos (tampoco sin excesiva vehemencia, por el momento) del globalismo neoliberal que apuntaba hacia el futuro rentista de Frase. Con suerte, con este tipo de medidas podríamos lograr revertir el rebajamiento de las desigualdades y el retroceso en las libertades que estamos recién observando en todo el mundo. Pero eso es un tema largo y complejo que merecería un análisis propio... En cualquier caso, una política poblacional basada en la dispersión y el ruralismo podría ser una buena opción de cara a enfrentar este gran problema inmobiliario, el cual puede asentar una de las líneas maestras de un futuro rentista basado en la desigualdad y la austeridad. Una verdadera transformación de país (con el ya tan mentado «Plan 2050») debe pasar necesariamente, aparte de por una correcta industrialización de toda España y determinados cambios en el modelo productivo, por esta creación y refuerzo de las infraestructuras externas a los grandes núcleos urbanos. Ruralicemos para producir y asentar lo verdaderamente comunal y lo verdaderamente libertario dentro de los márgenes del capitalismo actual, desde un reformismo social que consiga conjugar, poco a poco y eficientemente, la libertad con la igualdad, la comunidad y el bienestar social.

⁷ Inscrito, aun así, dentro de un globalismo atenuado; pudiendo así adscribirse a “lo glocal”, en términos de Roland Robertson. Además, cabe resaltar que esta tendencia surge desde la década de 2010 como reclamo popular, pero no ha sido hasta la Crisis del Coronavirus que se ha asentado en la praxis institucional. El triunfo del modelo chino, en unas coordenadas políticas diferentes, ha sido otro de sus grandes impulsores.

TRISTE Y ESPERANZADO CANTO A LO QUE PERDIMOS ENTRE LAS ROCAS

Jorge Arroita

¿Qué quedará
entre las rocas
cuando estos
últimos versos
sean ya piedra?

Quién legará a la yerma tierra
la fría caricia de las calizas
tras profanar su pulcro suelo
y abrir con nuestros martillos de plata
todas estas tumbas de cemento.

Dónde quedó nuestra olvidada cuna
que perdimos en la noche de los tiempos
bajo las cunetas y todo el plomo
fruto de esta ontología de la pólvora
que dejó el pétreo yugo en nuestro pecho.

Y cuándo...

Cuando será que logremos torcer esta suerte
y veamos un rojo pétalo y no esta espina
de alguna flor muerta que ahora florece
brillante como el futuro entre la roca vieja
a cuyas negras grietas grito ya sin fuerza.

Y mientras...

Mientras, cantan estos versos a su misma muerte
para lograr la esperanza de un nuevo día
buscando avivar alguna fe en mis tristes retinas
que se posan sobre el suelo grisáceo, y temen
estar cantando a otra causa perdida.

POR QUÉ CAMINO

Carla Nyman

por qué camino
a quién señalar
con esta prisa
dónde dices
puedo tender el sexo
cayendo sobre mí
una herida generosa
abierta a la tierra

de *Movernos en la sed* (2021),
Valparaíso Ediciones

ME CONSENTÍ LOS ENAMORAMIENTOS

Carla Nyman

me consentí los enamoramientos
más inverosímiles
todo por
amor
deseo perverso de estar
permanentemente triste
de asumir el rechazo
emboba la desesperación vivir
al filo de una caída
clara
deseo es inmediatamente inaccesible
solo aquí
en esta irregularidad
estuve del todo
insaciable
y se me ocurrió tontamente
el lugar deshabitado
se abre mejor al paso de la luz

de *Movernos en la sed* (2021),
Valparaíso Ediciones

LA MUERTE APLAZA SUS GESTIONES ÚLTIMAS

Rafa Ávila Domínguez

Cuántas veces amé con tristeza
-el sentimiento del ser alegre
que vive en su nostalgia-
y compartí mesa, cama o camino
con seres que aún amo
o que podría amar siempre.
Esas vísceras de sueños,
esos reductos de realidad
poblados de amigos cercanos,
de padre, madre y hermana
donde alguna vez fuimos tranquilos y felices.

Feliz el tiempo que nos lleva de nuevo
a los campos de olivo de la infancia,
a los campos donde alguna vez imaginé
-sucedió realmente, quién sabe-
los primeros pasos de un cuerpo ajeno,
de un alma hambrienta y llena de vida.
Felices esos campos en los que un nuevo material
-el barro- nos hacía olvidar por un momento
la risotada de danzas de la muerte
los últimos días de la adolescencia.

Cada vez que regreso a esos campos,
a las manos de mi madre,
al olor cercano y agradable de mi padre,
a la imaginación de mi hermana
-ahora los miro desde un norte frío,
creyendo, a veces, haber perdido el sur-
consigo dejar de mirarme desde fuera
y borrar el exceso de conciencia
-el negro de Baudelaire- y dejarme ser.
Para que alguien en algún tiempo
y en algún lugar futuro pueda decir:
existió un hombre feliz sobre la tierra,
un hombre que amó la tragedia de sí mismo,
el hombre de los ojos más tristes.



- Desgaste, desconfianza y desnaturalización. Unos acordes de «El zascandil» de Pedro Lópeh.
- Visita a W.W.
- La España rural en «Un amor», de Sara Mesa.
- Nota a la nota a la nota. Algunas notas en los márgenes de «Los diques» de Irene Solá.
- Ruralismo frente al capitalismo financiero-feudal.
- Triste y esperanzado canto a lo que perdimos...
- por qué camino...
- me consentí los enamoramientos...
- La muerte aplaza sus gestiones últimas.

